



CAPÍTULO VII.

Historia de Don Pompeyo de Castro.



A sabe Don Alejo, prosiguió Don Pompeyo, que desde mis mas tiernos años me incliné á las armas, y como en España gozábamos una paz octaviana, tomé el partido de ir á Portugal. De allí pasé á Africa con el duque de Braganza, que me empleó en su ejército. Era yo un segundo de los menos ricos de España, lo que me puso en precision de distinguirme con hazañas que mereciesen la atencion del general. Hice mi deber, de modo que el duque me adelantó, y me puso en parage de continuar en el servicio con honor. Despues de una larga guerra, cuyo fin no ignoran ustedes, me dediqué á seguir la corte, y S. M., por los buenos informes que dieron de mí los generales, me gratificó con una pension considerable. Agradecido á la generosidad del monarca, no perdí ocasion de manifestar mi reconocimiento. Poníame en su presencia á aquellas horas en que era permitido verle y hacerle la corte. Por esta conducta me grangeé insensiblemente su estimacion, y recibí nuevos beneficios de su benignidad.

Un dia que me distinguí en una carrera de sortija y en una corrida de toros que precedió á ella, toda la corte aplaudió mi valor y mi destreza; y cuando volví á casa colmado de aclamaciones, me hallé con un billete en que se me decia que cierta dama, cuya conquista me debia lisonjear mas que toda la gloria grangeada en aquel dia, deseaba hablarme; y que para esto á la entrada de la noche concurriese á cierto sitio que se me señalaba. Dióme mas gusto este papel que todas las alabanzas que habia recibido, no dudando fuese una dama de la primera distincion la que me escribia. Fácilmente creerán ustedes que no me descuidé, y que apenas anocheció, fuí volando al parage que se me habia indicado. Esperába-



me en él una vieja para servirme de guia, y me introdujo por una portezuela en el jardin de una gran casa, donde me condujo á un rico gabinete, en que me dejó encerrado, diciéndome:—Sírvase V. S. de esperar aquí mientras aviso á mi ama. Ví mil cosas preciosísimas en aquel gabinete, que estaba iluminado con gran número de bujías, magnificencia que me confirmó en el concepto que yo habia formado de la nobleza de aquella dama. Y si todo lo que estaba mirando contribuía á ratificarme en que no podia menos de ser aquella una persona de la mas alta calidad, mucho mas me confirmé en mi opinion cuando ella se dejó ver con un aire verdaderamente noble y magestuoso. Sin embargo, no era lo que yo habia pensado.

—Caballero, me dijo, á vista del paso que acabo de dar en vuestro favor, seria inútil querer ocultaros los tiernos afectos que habeis escitado en mi corazon. No penseis que estos me los inspiró el gran mérito que habeis mostrado hoy á vista de toda la corte, no por cierto: este mérito no hizo mas que precipitar su manifestacion. Os he visto mas de una vez: me he informado de quien sois, y el elogio que me han hecho me ha determinado á seguir mi inclinacion. Pero no os lisonjeeis, prosiguió ella, creyendo que habeis hecho la conquista de alguna duquesa. Yo no soy mas que la viuda de un simple oficial de guardias del rey: lo único que puede hacer gloriosa vuestra victoria, es la preferencia que os doy sobre uno de los mayores señores del reino. El duque de Almeida me ama, y hace cuanto puede para ser correspondido; pero no lo consigue, y solo admito sus obsequios por vanidad.

Aunque estas palabras me dieron á entender que trataba con una chusca amiga de aventuras amorosas, no dejé de mostrame agradecido á mi estrella por este encuentro. Doña Hortensia (que así se llamaba) estaba en la flor de su juventud, y su estremada hermosura me encantaba. Fuera de esto, me ofrecia ser dueño de un corazon que se negaba á las pretensiones de un duque. ¡Gran triunfo para un caballero español! Arrojáme á los piés de Hortensia para rendirle gracias por sus favores. Díjele cuanto podia decirle un hombre apasionado, y creo que quedó muy satisfecha de las vivas espresiones con que le aseguré de mi fidelidad y gratitud. Separámonos, quedando ambos los mayores amigos del mundo, despues de haber convenido en vernos todas las noches que no pudiese venir á su casa el duque, tomando ella á su cargo avisarme muy puntualmente. Así lo hizo, y yo vine á ser el Adónis de aquella nueva Vénus.

Pero los placeres de esta vida duran poco. A pesar de las precauciones que tomó Hortensia para que nuestra amistad no llegase á noticia de mi competidor, no dejó de saber éste todo lo que nos importaba tanto

que ignorase. Enteróle de ello una criada descontenta; y aquel señor, naturalmente generoso, pero altivo, zeloso y arrebatado, se indignó sobremanera de mi audacia. La ira y los zelos le turbaron la razon, y siguiendo solo lo que le dictaba su enojo, determinó tomar venganza de mí de un modo infame. Una noche que estaba yo en casa de Hortensia, me esperó á la puerta falsa del jardín, en compañía de sus criados armados todos de garrotes. Luego que salí hizo que se arrojasen á mí aquellos canallas, y les mandó me matasen á palos.

Dadle fuerte, les decia, muera á garrotazos ese temerario; que con esta infamia quiero castigar su insolencia. Apenas dijo estas palabras, cuando todos me asaltaron, y me dieron tantos palos que me dejaron tendido en tierra sin sentido. Retiráronse despues con su amo, para quien aquella cruel escena habia sido el mas divertido espectáculo. Permanecí el resto de la noche en el estado en que me dejaron, hasta que al romper el dia pasaron junto á mí algunas personas que, observando que todavía respiraba, tuvieron la caridad de llevarme á casa de un cirujano. Por fortuna se advirtió que no eran mortales los golpes, y tuve tambien la de caer en manos de un hombre hábil que me curó perfectamente en dos meses. Al cabo de este tiempo volví á presentarme en la corte, donde proseguí en el mismo método que antes; pero sin volver á entrar en casa de Hortensia, la cual tampoco hizo por su parte diligencia alguna para que nos viésemos, porque á este solo precio le habia perdonado el duque su infidelidad.

Como todos sabian mi aventura, y ninguno me tenia por cobarde, se admiraban de verme tan sereno como si no hubiera recibido la menor afrenta, sin saber qué discurrir de mi aparente indiferencia. Unos creian que, á pesar de mi valor, la calidad del agresor me contenia y me obligaba á tragarme el ultraje; y otros con mayor fundamento, no se fiaban en mi silencio, y miraban como una calma engañosa la sosegada situacion que aparentaba. El rey pensó, como éstos, que yo no era hombre que olvidase un agravio sin tomar satisfaccion de él, y que no dejaria de vengarme cuando encontrase oportunidad. Para averiguar si habia adivinado mi pensamiento, me hizo entrar un dia en su gabinete, y me dijo: —Don Pompeyo, ya sé el lance que te sucedió, y confieso que estoy admirado de ver tu tranquilidad. Tú ciertamente maquinas y disimulas. —Señor, le respondí, ignoro quien pudo ser mi ofensor, porque me acoquetieron de noche unos desconocidos, fué una desgracia de la que es forzoso consolarme. —No, no, replicó el rey; no pienses alucinarme con esa respuesta poco sincera: estoy informado de todo: el duque de Almeida fué el que mortalmente te ofendió. Tú eres noble y español, y sé muy bien á lo que te empeñan esas dos circunstancias. Sin duda has



hecho ánimo de vengarte, y quiero decisivamente me confieses la determinacion que has tomado; y no temas que llegue jamas el caso de arrepentirte de haberme confiado tu secreto.

—Pues ya que V. M. lo manda, respondí, no puedo menos de manifestarle con toda verdad mi pensamiento. Sí, señor, solo pienso en vengar la afrenta que he recibido. Todo hombre que ha nacido como yo, es responsable de su honor á su linage y á su mismo nacimiento. V. M. sabe muy bien la injuria que se me ha hecho, y yo he resuelto asesinar al duque de un modo que corresponda á la ofensa. Le sepultaré un puñal en el pecho, ó le levantaré la tapa de los sesos de un pistoletazo, y me refugiare en España, si pudiere. Tal es, señor, mi intencion.—A la verdad, repuso el rey, me parece violenta; pero no por eso me atreveré á condenarla, considerada la cruel afrenta que te hizo el duque. Conozco que merece el castigo que le tienes dispuesto; pero suspéndelo por un poco, no lo pongas en ejecucion tan presto: dame tiempo para pensar y encontrar algun medio que os esté bien á los dos.—¡Ah! señor, exclamé yo no sin alguna conmocion, pues ¿á qué fin me obligó V. M. á descubrirle mi secreto? ¿Qué medio puede jamas?...—Si no encuentro alguno que te deje satisfecho, interrumpió el rey, podrás ejecutar entonces lo que tienes pensado. No pretendo abusar de la confianza que me has hecho; no sacrificaré tu honor, y en esta conformidad puedes vivir muy tranquilo.

Andaba yo discurriendo qué medios podia buscar el rey para componer amigablemente este negocio; y he aquí como lo dispuso. Habló á solas á mi enemigo, y le dijo:—Duque, tú has ofendido á Don Pompeyo de Castro, y no ignoras que es un caballero ilustre, á quien yo estimo, y que me ha servido bien. Es preciso le des satisfaccion.—Señor, respondió el duque, no se la negaré; si está quejoso de mi proceder, pronto estoy á darle satisfaccion con las armas.—Es muy diferente la que le debes dar, replicó el rey: un español noble conoce muy bien las leyes del pundonor para querer medir su espada noblemente con un cobarde asesino. No puedo darte otro nombre, ni tú podrás borrar la bajeza de una accion tan villana, sino presentando tú mismo un palo á tu enemigo, y ofreciéndote á que él te apalée por su mano.—¡Santo cielo! exclamó mi enemigo, pues qué, señor, ¿quiere V. M. que un hombre de mi clase se degrade y humille delante de un caballero particular hasta llevar con paciencia algunos palos?—No llegará ese caso, respondió el rey: yo obligaré á Don Pompeyo á darme palabra de que no te tocará; solo ecsijo le pidas perdon de tu violencia presentándole el palo.—Señor, replicó el duque, eso es pedirme demasiado, y prefiero el quedar espuesto á las ocultas asechanzas de su enojo.—Aprecio tu vida, repuso el monarca, y quisiera que este asunto no tuviera funestas resultas. Para terminarlo con menos disgusto

tuyo, seré yo solo testigo de dicha satisfaccion, que te mando des al español.

Necesitó el rey de todo su poder para conseguir que el duque se sujetase á un paso tan humillante; pero al fin lo logró. Envióme despues á llamar, y contóme la conversacion que habia tenido con mi enemigo, preguntándome al mismo tiempo si me contentaria yo con la satisfaccion en que ambos habian convenido. Respondíle que sí, y dí palabra de que, léjos de ofenderle, ni aun siquiera tomaria en la mano el palo que me presentase. Dispuestas así las cosas, concurrímos el duque y yo al cuarto del rey, en cierto dia y á cierta hora, y S. M. se cerró con nosotros en su gabinete.—Ea, dijo al primero, conoced vuestra falta, y mereced el perdon. Dióme entonces sus disculpas mi contrario, y presentóme el baston que tenia en la mano.—Tomad, Don Pompeyo, ese baston, me dijo el rey, y no os detenga mi presencia para tomar venganza de vuestro honor ultrajado. Yo os levanto la palabra que disteis de no maltratar al duque.—No señor, respondí, basta que se haya sujetado á ser apaleado por mí: un español ofendido no pide mayor satisfaccion.—Pues bien, repuso el rey, ya que los dos os dais por satisfechos, podreis ahora tomar libremente el partido que se acostumbra entre caballeros, segun el proceder regular. Medid vuestras espadas para terminar el duelo.—Eso es lo que yo deseo vivamente, dijo el duque con voz alterada y descompuesta, porque solo eso es capaz de consolarme del vergonzoso paso que acabo de dar.

Dichas estas palabras se retiró colérico y abochornado, y dos horas despues me envió á decir que me esperaba en cierto sitio retirado. Acudí allá, y le encontré dispuesto á reñir en forma. Tenia unos cuarenta y cinco años, y no le faltaba destreza ni valor; pudiéndose decir con verdad que era igual el partido.—Venid, Don Pompeyo, me dijo, y terminemos de una vez nuestras contiendas. Uno y otro debemos de estar airados, vos por el modo con que os traté, y yo por haberos pedido perdon. Diciendo esto echó precipitadamente mano á la espada, y tanto, que no me dió tiempo para responderle. Tiróme dos ó tres estocadas con la mayor presteza, pero tuve la fortuna de parar los golpes. Acometí despues, y conocí que reñia con un hombre tan diestro en defenderse como en acometer, y no sé lo que hubiera sido de mí, á no haber tropezado él y caido de espaldas cuando se defendia retirándose. Detúveme así que le ví en tierra, y le dije se levantara.—¿Por qué razon me perdonais? me preguntó. Me ofende mucho esa piadosa generosidad.—Tambien quedaria muy obscurecida mi gloria, le respondí yo, si quisiera aprovecharme de vuestra desgracia. Levantaos, vuelvo á decir, y prosigamos nuestro duelo.

—No, Don Pompeyo, me dijo mientras se iba levantando, á vista de un rasgo tan noble no me permite mi honor empuñar la espada contra vos. ¿Qué diria el mundo de mí si tuviera la fatalidad de pasaros el pecho? Tendríame por un ruin cobarde, si quitaba la vida á quien pudo darme la muerte. No puedo, pues, armarme contra vuestra vida; antes bien mi gratitud ha convertido en dulces y amorosos afectos los furiosos movimientos que agitaban mi corazon. Don Pompeyo, continuó, cesemos ya de aborrecernos; poco dije: séamos amigos.—¿Ah señor, exclamé yo, y con qué placer acepto una propuesta tan gustosa! Desde este instante os juro una sincerísima amistad, y para daros desde luego la prueba mas positiva de ella, os prometo no poner mas los piés en casa de Doña Hortensia, aun cuando ella lo deseara.—No admito la promesa, dijo él, antes bien quiero cederos esta señora: es mas razon que yo os la deje, puesto que su inclinacion á vos es natural en ella.—No, no, le interrumpí; vos la amais, y los favores que me hiciese podrian inquietaros; y así quiero sacrificarla á vuestra paz y quietud.—¿Oh, insigne español, lleno todo de nobleza y generosidad! exclamó arrebatado el duque, y estrechándome entre sus brazos: me encanta vuestro modo de pensar. ¿Oh, y qué remordimientos siento al oirlo! Con qué dolor, y con cuánta vergüenza se me presenta á la memoria el ultraje que os hice! Paréceme ahora muy ligera la satisfaccion que os dí en el gabinete del rey. Quiero repararla de un modo mas público; y para borrar enteramente la infamia, os ofrezco una sobrina mia, de cuya mano puedo disponer: es una heredera rica, que aun no ha cumplido quince años, y todavía mas hermosa que jóven.

Dí al duque todas aquellas gracias que me podia inspirar el honor de enlazarme con su familia; y pocos dias despues me casé con su sobrina. Toda la corte se congratuló con aquel personage, por haber labrado la fortuna de un caballero á quien habia cubierto de ignominia; y mis amigos se alegraron conmigo del feliz desenlace de una aventura que prometia un término mas triste. Desde entonces acá, señores míos, vivo con el mayor gusto en Lisboa. Mi esposa me ama, y yo la amo. Su tío me da cada dia nuevas pruebas de su amistad; y puedo preciarme de que merezco un buen concepto al rey, y prueba de su estimacion es la importancia del negocio que de su orden me ha traído á Madrid.

